

obstante, San Jerónimo no ignoraba la doctrina religiosa, ántes, al contrario, defendió la causa de la Iglesia, aterró la heregia, revisó el texto de la Biblia, corrigió los errores que se habían introducido en las diferentes versiones, hizo vida cenobítica en medio de los tumultos de Roma, dictó reglas seguras para los sacerdotes y las madres de familia, fundó un asilo protector para los descendientes de los Paulo Emilios, y de los Escipiones; y retirado cerca de la gruta de Belén, desde el fondo de su soledad, llenó el mundo de la fama de su nombre. ¿Qué será, pues, de aquellos, que distan mucho de conocer, como San Jerónimo, las materias religiosas, y quieren ignorarlas del todo?

Es verdad que no se repiten en nuestros días los golpes inferidos á San Jerónimo; pero recibimos otros señales más terribles de la cólera divina. Vemos que repetidos azotes caen sobre nuestras ciudades, que la esterilidad destruye las cosechas de nuestros campos, pueblos armados contra pueblos, y la Europa diezmada por enfermedades epidémicas, muertes repentinas, reveses de fortuna y aterradoras calamidades. Apresurémonos, hermanos míos, por alejar tanta desgracia, y aplacar al Señor, por invocar sus gracias; y como que la verdadera sabiduría nos conducirá á todo esto, apresurémonos á alcanzarla. Pidámosla al Espíritu Santo, de quien es dón la verdadera sabiduría; interpongamos la mediacion de la Santísima Virgen, que es Sede de la Sabiduría verdadera, y con ella aprenderemos á conocer la grandeza de Dios, los misterios de su amor y la historia de sus beneficios; la miseria de nuestra mezquindad, los peligros que nos rodean y los enemigos que nos asedian; la ciencia que enseña lo que más nos importa saber, la ciencia que es necesaria á todos, la ciencia sin la cual sería inútil otra cualquiera.

DISCURSO XXI.

GRATITUD.

In omnibus gratias agite.
Dad gracias por todo. (I. TESSAL. V, 18).

No cabe duda; el vicio más comun entre los hombres es la ingratitud. Cierto, que son muchos los apetitos desordenados, las inclinaciones perversas, las inmoderadas destemplanzas de actos y de conducta, las rebeliones de la soberbia, de la gula y de la lujuria, por cuyo medio el vicioso se asemeja al bruto, si no es todavía peor. Pero, estos vicios, que con frecuencia chocan unos contra otros, como mar alborotado por contrarios vientos, no reinan en todos los hombres, y hallan dominio breve y contrariado en los ánimos, siempre vacilantes entre la pasión que alienta y la pasión que empieza. Mas, la ingratitud para con el supremo Bienhechor, que nos colmó con providencial generosidad de innumerables gracias, es un pecado tan generalizado hoy, que lo observamos dominando en todas las clases, sin excepcion de edad, de sexo y de condicion. Y del mismo modo que el agradecimiento, hijo de la humildad, forma en el Cielo las delicias de los Angeles y de los Santos, la ingratitud, hija del orgullo y de la presuncion, es el vicio dominante entre los hijos de los hombres.

Esta observacion, harto triste para todo buen católico, nos servirá de punto de partida para tratar de la gratitud de la Santísima Virgen, precisamente, porque nacida de la tierra y elevada al Cielo con los pensamientos y los afectos, vivió de amor santo y de fiel agradecimiento. Toda la vida de María revela el ejercicio de esta virtud, en Nazareth, en Belén, en Egipto y en Jerusalén. El *Magnificat* es una bella manifestacion de gratos sentimientos; y nosotros, considerando solamente su primer versículo, quedaremos evidentemente convencidos de esta verdad. Por cuyo motivo, en vista del deber que tenemos

de dar gracias á Dios por sus beneficios, me he propuesto exponeros en parte, y á grandes rasgos, esta agradecida efusion del alma de María; á fin de que, atendidos, por un lado, sus méritos, y por otro nuestras obligaciones, detestemos y huyamos de aquella culpable ingratitud, que, cual gusano roedor, destruye la fuerza de las virtudes, y, como viento abrasador, anonada todo principio religioso. Saludémosla ántes con el Arcángel: A. M.

El Apóstol San Pablo, obligado por la persecucion que los Hebreos suscitaron contra él á retirarse de Tesalónica, donde por algun tiempo había predicado con mucho fruto el Evangelio, escribió dos epístolas á los Tesalonicenses para confirmarles en el amor de la verdad, é instruirles sobre varios puntos de doctrina y de moral. En la primera de estas epístolas, entre otras instrucciones de vida cristiana, les dice: dad gracias á Dios por todo. Parfraseando sus palabras, yo os digo: que es preciso en todas las cosas tributar gracias á Dios.

Es preciso dar gracias. Nada hay más natural y justo que el agradecimiento para con los bienhechores. Cualquier ánimo agradecido siente, naturalmente, la deuda de la gratitud para con aquellos que le han asistido en los momentos difíciles de su vida, aliviado en las angustias, consolado en las aflicciones, instruido en la ignorancia y aconsejado en las incertidumbres. Si no puede recompensarles oportunamente con obras, les presta actos exteriores de reverencia; si no puede retribuirles con iguales beneficios, reconoce y elogia los favores recibidos. Hasta de algunas fieras se dice, que se interesan á su modo por aquellos hombres de quienes han recibido algun beneficio; se ha hablado de leones agradecidos con los soldados, que sacaron las espinas de sus garras; se ha visto al perro, puesto como custodio y guardian al lado del hombre, desvivirse por prestar al amo sus servicios, espirando de dolor y de hambre sobre la tumba en que le sepultaron; y es necesario despojarse de la naturaleza humana y rebajarse hasta los mismos animales irracionales, para creerse libre de la obligacion del agradecimiento para con los hombres generosos que nos favorecieron. Por lo tanto, no hay oficio más justo, más conveniente, más necesario; ningun sentimiento es más noble, ningun ofrecimiento es más perfecto, que aquel que nos llama á dar con ánimo agradecido, y del mejor modo posible, acciones de gracias por los beneficios recibidos.

Es preciso dar gracias á Dios. Todo dón excelente, dice el Es-

piritu Santo, y todo bien perfecto nos viene de lo alto y descende del Padre de las luces (1). Aquellos por cuyo medio nos llegan auxilios, socorros y providencias grandes ó pequeñas, no son sinó canales de las divinas gracias; aquellos que nos asisten, nos defienden y protegen en desastrosas ocasiones, son solo instrumentos de la divina Providencia. Dios inspira el pensamiento en ellos; Dios mueve en ellos la voluntad; Dios les suministra los medios para que nos socorran; y ellos nos favorecen precisamente, porque Dios quiere que sean nuestros bienhechores. Hé ahí porque en toda ocasion, en toda nuestra próspera suerte, y en toda dichosa fortuna que llegue á nosotros, por cualquier conducto, debemos levantar los ojos al Cielo, dirigir los afectos al supremo dispensador de las miséricordias, y enternecer el corazon en presencia de Aquel, que dispuso primitiva y principalmente para nosotros aquellas utilidades, aquellas fortunas, aquella suerte.

En fin, debemos dar gracias á Dios por todo cuanto nos acontece, pues, no hay cosa alguna que no proceda de Él, puesto que el Universo es como una inmensa cadena de innumerables anillos, cuyo anillo primordial y soberano está en manos de Dios. Así, pues, si en todas las cosas resplandecen los divinos beneficios, no cabe duda que en todas las cosas se debe reconocer y adorar la omnipotencia, la bondad, y la sabiduría del celestial Bienhechor. ¿Y cuán preciosos no son estos beneficios? ¿Por qué medios nos vimos colmados de tantas gracias? ¿De qué suerte..? ¡Ah! descienda de los Cielos un rayo de viva luz, y disipadas las terrenas tinieblas, que nos ofuscan los ojos, veremos cuantos dones nos concedió Dios en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia, que son dignos de afectuoso agradecimiento.

Por lo que mira á los dones naturales, sobrepuja á todos el habernos dado la vida; pero, todavía lo es más el conservárnosla. Dios nos conservó piadosamente el sér, librándonos de muchos males de que está rodeado nuestro cuerpo mortal. Dios nos dió cuanto disfrutamos en el trato de los amigos, en el interés de la familia, en el favor de las personas conocidas, y en la recuperacion de la salud despues de graves enfermedades. En una palabra: Dios, con frecuentes, asiduas y repetidas solicitudes, sin ningun mérito por parte nuestra, y con frecuencia haciéndonos indignos de ellas, nos ha concedido

(1) JAC. I, 17.

sucesivamente la salud, la robustez, las riquezas y los alimentos, unas veces pocos, y otras espléndidos.

Por lo que se refiere al orden de la gracia, ¿quién podría contarlos todos? ¿Quién sería capaz de narrar su peso, número y medida? Por un lado, inspiraciones saludables para conocer el bien; por otro, consuelos dulcísimos para perseverar en la virtud; y en todas partes luces y gracias que nos previnieron á toda hora, nos acompañaron en todos los pasos, y nos mantuvieron rectos en toda práctica de buenas obras. A fin de que, faltos de luz, no nos extraviásemos, se nos indicaron direcciones seguras; para que no nos perdiésemos, faltos de fuerzas, se nos proporcionaron robustos apoyos; y á fin de que no cayéramos, privados de auxilios en el abatimiento del ánimo, se nos concedieron consoladoras asistencias.

Mas, ¡ah! hasta por las mismas adversidades debemos dar gracias á Dios. Desagrada, ciertamente, ser calumniados, ofendidos, castigados injustamente; derribados por tierra, abismados en el fondo de toda amargura, y vivir en la soledad, á semejanza del pelicano, y del pájaro doliéndose en los tejados; no nos olvidemos, empero, que los males que nos afligen, sirven para moderar á la vez la alegría, y el dolor; para corregir el placer sensual, y las molestias exteriores; y para reprimir las interiores rebeliones. Las calenturas nos impiden que abusemos de la salud; las humillaciones nos preservan del abuso del poder; las miserias, del abuso de las riquezas; y con frecuencia, angustiados y azotados por las tribulaciones, recobramos la reflexion perdida cuando estábamos ébrios de orgullosa felicidad. Puesto que nadie puede considerarse limpio de toda culpa ni inmaculado ante el supremo Juez, las adversidades nos abren el camino para pagar las deudas contraídas con la divina justicia durante la presente vida, para no tener que pagarlas con el rigor del fuego en la otra.

Con lo hasta aquí expuesto, fácil os será, hermanos míos, aquilatar, en cierta manera, el agradecimiento de la Virgen Nazarena, que fué la más agradecida de todas las criaturas. Tres son principalmente los grados que forman el carácter esencial de aquella virtud que se llama agradecimiento, esto es, reconocer el debido beneficio, dar gracias al dador por el beneficio recibido, y retribuir por este beneficio, segun las propias facultades, á aquel que por su misericordia se sirvió concedérnoslo. Conviene, en primer lugar, agradecer el beneficio recibido; por cuyo motivo los bienaventurados en la patria celestial deponen sus coronas ante el trono del Cordero, á quien atribuyen las victorias que alcanzaron sobre sus enemigos. Conviene

dar gracias al dador por los beneficios recibidos; por cuya razon, segun está escrito en el Apocalipsis, los venerables ancianos repetían con voz sonora, que solo á Dios se debe el honor, la gloria y la accion de gracias por los siglos de los siglos (1). Conviene retribuir, segun las propias facultades, al que concedió los beneficios que se recibieron; y por consiguiente, no pudiendo retribuir al Señor sinó con las buenas obras, no es digna la alabanza, como se dice en el Ecclesiástico, en boca del pecador (2). Este triple grado de gratitud resplandece en el cántico del *Magnificat*, ya que con su himno, María reconoce los beneficios que ha recibido de Dios, dá gracias á Dios por los beneficios de que la colmára, y le retribuye por estos mismos beneficios.

María dá gracias á Dios por los beneficios de que la colmára. Elevada por Dios á la dignidad de Madre suya, le glorifica cual no lo ha hecho jamás criatura alguna, pues, no dice: *Mi alma ha glorificado al Señor*, refiriéndose al pasado su accion de gracias; ni dice tampoco: *Mi alma glorificará al Señor*, refiriéndose á lo futuro, sinó: *Mi alma le glorifica: Magnificat anima mea Dominum*; dándonos así á entender claramente, que la alabanza y la accion de gracias á Dios es continua en sus lábios y en su corazon.

María retribuye á Dios por los beneficios recibidos de su mano. Ella empieza diciendo: *Magnificat*. Dios es glorificado cuando se adoran ó se predicán sus grandezas, ó bien se le atribuye cuanto de prodigioso ha sucedido. Hé ahí lo que hace María. Ella quiere decir: Se me alaba y ensalza, porque soy bendita entre las mujeres; porque soy bienaventurada por haber tenido fé; porque soy Madre de Dios; mas yo alabo, bendigo, adoro y enzalzo al Señor, dispensador generosísimo de todos estos beneficios. A Él es debida toda gloria, pues que ha obrado todos estos milagros; á Él se le debe toda bendicion, por haber abierto á favor del género humano los tesoros de sus gracias; á Él se debe todo honor, porque cuanto poseo, de Él lo he recibido.

A la palabra *magnificat* añade: *anima mea*. No como aquellos, que alaban á Dios con los lábios y no con el corazon; no como aquellos, que, elevando los pensamientos á Dios, dividen el corazon entre los negocios y los placeres del mundo; no como aquellos, que alabando á Dios, están siempre en pecado, ó con las consecuencias del pecado;

(1) APOC. V, 13.

(2) ECCL. XV, 9.

María alaba á Dios, no solo con el alma, sino con todas las fuerzas del alma; no solamente con todas las fuerzas del alma, sino que tambien con todas las fuerzas de un alma inocente.

No llama á Dios Padre suyo, no le llama Hijo, ni tampoco su Esposo, para expresar con el mayor grado posible su gratitud. El pertenecer á Dios con vínculos tan estrechos es una gloria; y Ella, que no quiere ninguna gloria para sí, y que la refiere toda á Dios, llamándole Señor, no se le presenta como Hija, ni como Madre, ni como Esposa, sino como sierva. Y observad, además, que le llama Señor en un sentido absoluto, sin restriccion alguna, reconociéndole dueño de todas las cosas, no por fortuna, como los reyes de la tierra, sino por naturaleza, como á Rey del Cielo. ¿Cuántos misterios no se encierran en estas pocas palabras? ¿Cuán grato afecto no está comprendido en ellas? No; un himno semejante no subió nunca de la tierra al Cielo; jamás se ha dirigido á Dios con tanto amor semejante accion de gracias. Por esto no me sorprende, que varones doctísimos hayan dado varios títulos al *Magnificat* para indicar sus preciosidades. Estos le llamaron cántico de la Virgen, poema triunfal, epitalamio virgíneo; aquellos, concepto insigne, himno memorable, alabanza excelentísima; otros, llamáronle encomio sublime, compendio de las divinas grandezas, profesion de católicos sentimientos, doctrina evangélica, catecismo de los perfectos. Como quiera que sea de estos títulos, que son ciertamente bellos, y que han merecido la aprobacion del pueblo cristiano, creo poder añadir todavía otro, y considerando lo expuesto en el discurso de hoy, y decir: que el *Magnificat* es el himno de la gratitud de María.

Si todo beneficio recibido reclama nuestro agradecimiento, permitidme, amados hermanos, preguntar: ¿qué gratitud demostramos á Dios por tantos dones como nos ha concedido? ¡Ah! nosotros, que acostumbramos corresponder con hechos ó con palabras, á aquellos que nos prestan algun servicio, nos libran de alguna angustia, ó nos sacan de algun apuro; nosotros, digo, nos mostramos indiferentes para con Dios, que es el primero y supremo bienhechor. Vá el sol hácia el Ocaso, y llega el nuevo día, sin que nos háyamos ocupado ni un solo instante en dar gracias á Dios por habernos conservado la vida. Transcurren semanas y meses sin dirigir un solo pensamiento á Dios, que derrama sobre nosotros innumerables gracias. Pasan años enteros sin dedicar un solo pensamiento á la bondad de aquel Dios, que nos libró de tantos peligros, nos socorrió en tantas angustias, nos dió tan saludables inspiraciones, y nos vino al encuen-

tro con sus misericordias. Nos sentamos en espléndidas mesas, se descansa largamente, se lleva una vida agitada, sin acordarnos de Dios, semejantes á aquellos brutos, que miran solamente las bellotas esparcidas por el suelo, sin preocuparse para nada del pastor que las sacudió de la encina.

No niego que á fin de año, y al principio de año, muchos acuden á los templos; no niego que, unidos á los ministros del Santuario, entonen el himno de accion de gracias, miéntras que las armonías del órgano y las sagradas campanas que agitan el aire, entonan con júbilo alabanzas á Dios. Pero, no basta con dar estériles acciones de gracias á Dios con solo los lábios; la gratitud ha de manifestarse con el afecto del corazon y con las obras. Para dar gracias á Dios con el afecto del corazon, importa conservar profundamente grabados en el ánimo y en el afecto, y presentes á la memoria sus beneficios; para darle gracias con las obras importa, hacerle manifiestas protestas de obsequio y de servidumbre con el buen uso de sus dones y atribuir solamente á Él la gloria. Faltan en este punto aún aquellos que, algunas veces, congregados en el templo unidos á los demás, entonan el *Te Deum*, puesto que, ó discurren inconsideradamente y con frialdad sobre los divinos beneficios, ó llegan hasta quebrantar sus preceptos, en cuya observacion consiste la prueba más cierta del amor para con Dios. Y lo que es peor todavía, se cambia frecuentemente el beneficio en ofensa, empleando en ella los dones recibidos contra el dador. Con la culpa ofendemos á Dios, y para ofenderle empleamos los bienes mismos que Él nos dispensó. Dios nos dió la vista, y nosotros nos servimos de los ojos para las inmodestias; Dios nos concedió la lengua, y nos valemos de la misma para conversaciones indecorosas; Dios nos puso un corazon en el interior del pecho, y le empleamos en afectos desordenados; Dios nos concedió igualmente el entendimiento, y lo empleamos en pensamientos, en planes, en proyectos llenos de soberbia, de lascivia y de malicia. Os desafío, carísimos hermanos, á que encontreis entre todas las perfidias y todas las ingratitudes conocidas una ingratitud más grande que ésta, y una perfidia mayor.

¡Ea, pues, hermanos míos! aborrezcamos de hoy en adelante la ingratitud, y mostrémonos agradecidos á los constantes beneficios que recibimos de Dios. La ingratitud cierra, y el agradecimiento abre, el camino á nuevas gracias, ya que Dios cierra la mano con las almas ingratas, y la abre á las agradecidas. Imitemos á María, ofreciendo santos obsequios á nuestro soberano Bienhechor; y no creamos

cumplir con este deber asistiendo tan solo en alguna ocasion á las reuniones cristianas, prorumpiendo en himnos de accion de gracias á Dios. Bendigamos al Señor con los lábios, pero bendigámosle muchísimo más con las obras; bendigámosle como le bendijo María, con toda el alma. Suban nuestras deprecaciones como oloroso incienso ante el trono de la eterna santidad, y suban allí acompañadas de nuestros deseos de huir constantemente del mal y obrar constantemente el bien. Vayan nuestras acciones de gracias acompañadas de sinceras promesas de vivir penitentes del pasado y vigilantes en lo futuro; añádanse las buenas obras á las buenas palabras, y habremos dado verdaderamente gracias á la infinita misericordia que nos quiere salvos.

DISCURSO XXII.

GOZO.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

Mi espíritu está traspasado de gozo en el Dios Salvador mio. (Luc. I, 47).

Si pudiera juzgarse por las apariencias, no tendría reparo en aceptar la opinion de aquellos, que consideran la vida cristiana como triste y melancólica. Y en verdad; el que mira tan solo en los santos su exterior, no ve en su rostro sinó palidez y duelo, contémplos siempre rodeados de humillaciones y sufrimientos. De ahí, que los secnaces del siglo, al pintar la santidad con el rostro demacrado, llorosos los ojos, inclinada la cabeza cubierta de ceniza, y ceñidos de cilicios, ningun afecto sientan por ella; de ahí que busquen los placeres, y crean poder encontrar la verdadera alegría en blando lecho, opípara mesa, continuos pasatiempos y abundantes riquezas.

Sin embargo, se equivocan. No puede reinar verdadera alegría sin paz, y la paz es el privilegio de solo los justos, los cuales, gustando la paz de los hijos de Dios, sienten aquella embriaguez celestial, que no ofusca el entendimiento, sinó que le alumbrá; no oprime la razon, sinó que la corrobora; no corrompe el corazon, sinó que lo purifica, y permanece imperturbable aún en medio de todas las amarguras de las vicisitudes humanas, y está segura aún en medio de todos los reveses de fortuna. En efecto, el que en vez de juzgar por las apariencias, penetre en el corazon de los fieles observantes de la ley evangélica, se convencerá de que experimentan los saludables efectos de un gozo que no tuvo Salomon, por más que nadase en la abundancia, estuviere sentado en el trono más espléndido, y fuese el más sábio de los monarcas.